

La comunicación entre memoria individual, colectiva e histórica*

Communication between individual memory collective and historical

Freddy Andrés Farfán Cañadulce**

Fecha recibido: septiembre de 2013 – Fecha de aprobado: noviembre de 2013

RESUMEN

Los relatos hegemónicos de la radio y la televisión homogenizan la experiencia percibida de la diversidad inoculando olvidos colectivos y construyendo memorias programadas. Así, la memoria se convierte en una forma de gestión y administración privada de lo público, vaciada sobre las subjetividades. Sin embargo, los sujetos no son simples moldes dóciles, por ejemplo, en las marchas de resistencia organizadas por los mismos medios masivos de comunicación emergen entre la multitud obediente agenciamientos que encarnan los olvidos de la memoria mediante formas artísticas críticas que interrogan desde adentro el sentido ético, político, social y subjetivo de las manifestaciones.

Palabras clave: memoria, olvido, experiencia, subjetividad.

ABSTRACT

The hegemonic narratives of radio and television experience homogenized perceived diversity and building inoculating collective forgetfulness scheduled reports. Thus, the memory becomes a form of private management and public administration emptied on subjectivities. However, subjects are not merely docile molds, eg marches organized resistance by the same mass media emerge between the obedient crowd assemblages that embody memory forgetfulness through critical questioning art forms from within the ethical, political, social and subjective sense of demonstrations.

Keywords: memory, forgetting, experience, subjectivity.

* Ensayo elaborado para el seminario de Memorias y representaciones sociales de la maestría en Investigación Social Interdisciplinaria, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Segundo semestre de 2011.

** Licenciado en Humanidades y Lengua Castellana. Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Línea de identidades y subjetividades. Correo electrónico: Freddyandresfarfan@gmail.com

La memoria es una palabra muy nombrada en los últimos tiempos en Colombia. Es una categoría que la historia se ha tomado en serio para comprender diferentes fenómenos socioculturales. Por ejemplo, tenemos la escuela de la historia de las mentalidades, encabezada por Michelle Vovelle; los estudios de esta escuela abrieron la posibilidad de comprender los hechos históricos desde perspectivas como las imágenes y las narraciones orales, lo cual exigía tener en cuenta los actores sociales no letrados y las formas artísticas como manifestaciones de la historia y formas de memoria.

En las sociedades ágrafas, precapitalistas y rurales, como nos ha indicado Jacques Le Goff (1991:138), la memoria colectiva se organizó en torno a tres grandes polos: la identidad colectiva del grupo que se funda en ciertos mitos, y más precisamente sobre ciertos mitos de origen; el prestigio de la familia dominante, que se expresa en las genealogías, y el saber técnico, que se transmite a través de fórmulas prácticas, fuertemente impregnadas de magia religiosa. (Jiménez B., 2008, p. 177)

Así, la memoria colectiva se establece entre la experiencia vivida, la recreación mítica y las formas políticas dominantes. Por ejemplo, en el Amazonas conviven estas sociedades sin que necesariamente sean ágrafas, precapitalistas y netamente rurales. En los territorios habitados por las comunidades indígenas se construyen malocas, esto es, lugares sagrados donde se reúne la comunidad para realizar ceremonias rituales. Los ancianos narran los mitos de origen desde el anochecer hasta el amanecer, se realizan bailes y cantos parte de la historia. Narrar las historias de origen es traer la memoria al presente no solo para recordar, sino también para revivirla. De esta manera, se establecen leyes que guían la vida cotidiana, se dan consejos, enseñanzas, para poder aprender a vivir. Paralelamente, entran a estas comunidades las tecnologías de la información y de la comunicación, y constituyen formas de memoria nacional hegemónica del gobierno de turno. Estas políticas se instauran en las formas de entender lo nacional, los conflictos internos, las segmentaciones de la sociedad occidental.

Hoy en día se oye a menudo criticar a las democracias liberales de Europa occidental o de Norteamérica, reprochando su contribución al deterioro de la memoria, al reinado del olvido. Arrojados a un consumo cada vez más rápido de información, nos inclinaremos a prescindir de esta de manera no menos acelerada; separados de nuestras tradiciones, embrutecidos por las exigencias de una sociedad del ocio y desprovistos de curiosidad espiritual así como de familiaridad con las grandes obras del pasado, estaríamos condenados a festejar alegremente el olvido y a contentarnos con los vanos placeres del instante. En tal caso, la memoria estaría amenazada, ya no por la supresión de información sino por su sobreabundancia. Por tanto, con menor brutalidad pero más eficacia —en vez de fortalecerse nuestra resistencia, seríamos meros agentes que contribuyen a acrecentar el olvido—, los Estados democráticos conducirían a la población al mismo destino que los regímenes totalitarios, es decir, al reino de la barbarie. (Todorov, 2000, p. 11)

Otra paradoja, las formas comunicativas de transmitir información generan una sobreabundancia de esta, lo que nos lleva en el mismo seno de las democracias liberales occidentales a un progresivo régimen totalitario de la memoria. Según Todorov, nos convertimos en agentes del olvido; esto es, sujetos que consumen información sin ningún relato de identidad territorial, estatal, cultural y política para transformarnos en la gran aldea global desde donde los relatos se homogenizan, se manipulan, donde los relatos orales de los abuelos son desechados por el consumo de la historia capitalista. En las mismas comunidades indígenas de nuestro país, los jóvenes prefieren ver televisión que acudir a las malocas para escuchar la memoria histórica de su pueblo.

Sin embargo, tras este panorama ensombrecido de la globalización neoliberal, no podemos caer en lo que hace algunos años Jesús Martín Barbero nos reclamaba, ni apocalípticos, ni integrados, a propósito de un libro de Umberto Eco, publicado en 1965. No existe una forma de globalización, existen muchas formas, porque las audiencias de los medios no son sujetos pasivos a los cuales se les introyecta información sin que los sujetos individuales y colectivos se

cuestionen sobre los contenidos y los reapropien a su contexto; en estas prácticas hay tanto de dominación como de resistencia. Ahora bien, ¿qué tienen en común la memoria individual, la memoria colectiva y la memoria histórica?, en palabras de E. P. Thompson: lo común es la experiencia.

[...] en los procesos de construcción de conciencia juegan un papel muy significativo la noción de experiencia, en sus dos momentos fundamentales: la experiencia vivida y la experiencia percibida. La primera involucra aquellos conocimientos históricos y culturales que los individuos, los grupos sociales o las clases ganan, aprehenden al vivir su vida, elementos que se constituyen en los nutrientes de sus reacciones mentales y emocionales frente al conocimiento.

Por otra parte, la experiencia percibida comprende elementos sociales, históricos y culturales que los hombres, los grupos, las clases toman del discurso religioso, político, filosóficos, de los medios, de los textos, de los distintos mensajes culturales; en una palabra, del conocimiento formalizado e históricamente producido y acumulado. En consecuencia, la memoria, como temática, demanda tener en cuenta al sujeto, su subjetividad, su experiencia, sus grados de conciencia y diversos tipos de identidad que se conquistan en el cara a cara, en el encuentro con los otros, en el plano intersubjetivo de la realidad. (Jiménez B., 2008, p. 182)

Estas dos categorías experiencia vivida y percibida son pertinentes frente al problema de la constitución de la memoria, porque buscan explicar las formas como el sujeto produce lo que experimenta con lo que toma de los discursos de la sociedad y la cultura; son procesos que buscan dar cuenta de la subjetivación. De manera ontológica, la memoria establece la comunicación con la infancia, con la adolescencia, con la adultez y la vejez, esto es, es mediadora entre los diferentes estadios de formación del sujeto. Lo que recuerda y lo que olvida de sí mismo el sujeto es fundamental para comprender ¿qué es eso que somos? La memoria no solo está llena de recuerdos, sino también de olvidos; como la música que necesita de los silencios para que sea armonía.

Así mismo, a lo largo de la vida, los individuos van experimentando relaciones profundas con su entorno, estas relaciones de tipo afectivo constituyen las formas racionales de comprender quién es, por qué existe, para qué existe, cómo existe, dónde existe, con quién existe; preguntas que el sujeto va encontrando necesarias y va contestando con la experiencia acumulada, no solo mental, sino también de la memoria corporal; es decir, somos lo que hacemos, lo que recordamos y lo que olvidamos, mientras que la experiencia percibida estaría marcada por los discursos que se efectúan desde los diferentes campos socioculturales. Por ejemplo, la religión católica establece desde el mito de creación el pecado original, es decir, la expulsión de Adán y Eva del paraíso, esto constituye en nuestro país un referente obligado para millones de católicos, pero no es parte de un discurso que se escucha en la Iglesia por los sacerdotes, sino que se vive como doctrina de fe y verdad. Es difícil negar que en algún momento de nuestra vida como católicos, después de ser bautizados, de hacer la primera comunión, sintamos en el alma la sensación del pecado cuando franqueamos los límites morales establecidos, sensación que en ningún momento es producto de la experiencia de haber vivido en el paraíso, sino de la experiencia de un discurso religioso hegemónico de control social.

El imaginario religioso en Bogotá, como parte de una representación social se origina a partir de la relación que establece el colectivo anónimo de los sujetos con su memoria, constituyéndose así una subjetividad producto de la incorporación, por parte de los individuos, de significaciones imaginarias, en este caso religiosas, de la sociedad a la que pertenece. [...] La religión cristiana se constituye en una religión de la memoria y este elemento tiene una influencia incluso sociológica en el imaginario colectivo. La memoria del pacto suscrito por todo el pueblo y la común misión de los creyentes ha constituido un elemento básico de cohesión social y de legitimación cristiana. (Jiménez B. 2012, p. 179)

Los creyentes reproducen el elemento del pecado de maneras creativas. No se compren-

de lo mismo cuando decimos pecado en el siglo XXI al pecado en la Roma Imperial. La relación con las imágenes también ha cambiado; por ejemplo, los católicos bogotanos establecen identidad con la virgen del Campo, el Divino Niño Jesús y el Señor Caído de Monserrate gracias a los milagros, peticiones y favores recibidos formando símbolos o íconos que cobran vida por medio de los imaginarios. En este sentido, podemos establecer que la memoria se transforma esencialmente por la creatividad colectiva. En el fondo, existe una profunda necesidad de crear identidad mediante la memoria colectiva, en ocasiones, legitimada por un hecho particular como el milagro de la aparición de la virgen a un devoto.

El olvido es constitutivo de la memoria. Para que prospere, se producen olvidos colectivos de fracciones de la historia. Estos olvidos pueden cumplir dos funciones: la primera producir amnesia colectiva para implementar nuevas formas políticas, sociales y culturales y la segunda, les permiten a los pueblos reconfigurarse, hacerse otra imagen de sí mismos.

En ocasiones, el olvido representa una tensión y se convierte en una intromisión y censura por parte del Estado, pero también puede ser una carta de triunfo que le permita a la persona o al grupo de personas construir una imagen de ellos mismos, globalmente, de manera satisfactoria. Sin embargo, el olvido se convierte en una tensión ubicada entre la memoria y el recuerdo, que tiene repercusiones directas en ámbitos de lo colectivo y en el campo de la historia. (Jiménez B., 2008, p. 188)

De acuerdo con lo anterior, las historiadoras Martha Cecilia Herrera y Lina María Ramírez realizan una investigación interesante en torno a las políticas de la memoria, con el ánimo de establecer el presente como lucha histórica por la memoria. Por lo tanto, investigan las marchas del 4 de febrero y del 6 de marzo del 2008 "con el propósito de sondear, a través de ellas, la coyuntura política actual y la manera como circulan distintas memorias en torno al conflicto político" (Herrera y Ramírez, 2009. P. 23). Se tomarán

como fuentes algunos diarios, revistas y páginas web que circulan en Colombia.

Las luchas por la memoria producen las subjetividades políticas. Esto es, las maneras como los sujetos se agrupan en comunidades que buscan movilizarse con el propósito de transformar la conciencia de la sociedad, en general. Las subjetividades son producidas por deseos que se agencian desde diferentes lugares socioculturales, son formas políticas que devienen lucha a partir de una inconformidad. Sin embargo, las cosas no resultan tan simples, pues los sujetos son producidos por diversas técnicas de gobierno esquematizadas por las instituciones responsables del control social. Por lo tanto, algunos de los deseos que mueven a las colectividades a organizar formas de resistencia están diagramados, controlados y calculados, por ejemplo, en los medios de comunicación. De esta manera, se logra una cortina de humo que pretende establecer la lógica amigo/enemigo, que Carl Schmitt expuso en su texto "El concepto de lo político". Los medios de comunicación, interpellados en la investigación citada anteriormente, contribuyen para que los sujetos se movilicen e influncian las tomas de posición de estos. Lo hicieron con semanas antes del 4 de febrero, diseñaron campañas publicitarias en contra de las FARC y el secuestro. Pero, no todos los sectores de la sociedad se adhirieron ciegamente a esta proclama, porque algunos grupos exigían el respeto a la vida y le exigían al gobierno de Álvaro Uribe un diálogo o acuerdo humanitario. Sin embargo, las cámaras de los noticieros denotaron los sectores que ellos mismos habían publicitado semanas antes, lo cual mostró como resultado una protesta homogénea, sin diferencias, de identidad nacional.

Dentro de los procesos de aprendizaje social, de socialización y de subjetivación, la memoria se constituye en una mediación que permite la estructuración de esquemas, patrones mentales y hábitos ligados a las significaciones culturales de los grupos de los cuales hacen parte los individuos, contribuyendo a la constitución de identidades. De este modo, al ser la memoria un componente del sentimiento de identidad individual y colectiva,

es también una dimensión de los sentimientos de continuidad y de coherencia en los procesos de auto-reconstrucción, de subjetividad, de los seres humanos. (Herrera y Ramírez, 2009, p. 28)

La memoria es un proceso de continuidad, de fundaciones, de legitimaciones, de imposiciones, de negociaciones, de identidad. Gran parte de la sociedad consume la información puesta en los diarios, noticieros y en las redes de internet. Sin embargo, no podemos negar que los jóvenes navegantes de las redes virtuales de internet fueron protagonistas, porque organizaron grupos en las redes sociales, donde el deseo expresado de marchar no era el institucionalizado por los medios de comunicación, más bien, se trataba de luchas por el derecho a una subjetividad política despojada de las sombras ideológicas de los partidos políticos de derechas e izquierdas. También tras la marcha se publicaron en You Tube videos en los cuales sectores de la sociedad colombiana rechazaban la violencia, el secuestro, la guerra, el abuso de poder las fuerzas armadas, entre otras.

Por otra parte, las marchas del 6 de marzo en contra de las desapariciones forzadas y los paramilitares, "fue distinta en tanto no fue publicitada con la misma fuerza por parte de los medios de comunicación hegemónicos, dejando en el ambiente una sensación de doble moral bajo la cual se decide cuáles *heridas* merecen ser recordadas" (Herrera y Ramírez, 2009, p. 32). En este caso, las luchas por la memoria parecieran desiguales. Sin embargo, la participación de los ciudadanos en la marcha del 4 de febrero fue de diez millones de personas; por su parte, en la marcha del 6 de marzo participaron ocho millones aproximadamente. Lo que implica que los sujetos encuentran importante protestar porque están saturados de la guerra entre los diferentes grupos armados legales o ilegales y cuestionan o ignoran los llamados de los gobiernos aliados con grandes cadenas de comunicaciones tratando de sugerir qué se debe recordar y qué se debe olvidar.

Aunque la marcha del 6 de marzo fue menos publicitada, las subjetividades configuraron me-

dante de performance nuevas posibilidades de lo político.

En la marcha del 6M, una mujer, no muy joven, pintaba sus pies de blanco cada vez que daba un paso, nunca pronunció una palabra, pero las huellas del proceso mediante el cual su memoria individual pasó a ser la memoria colectiva quedaron a lo largo de la carrera séptima de Bogotá. Otro grupo de mujeres vestidas de negro encerró sus cabezas en jaulas, mientras una mujer sentada en un estante y encadenada dramatizaba ser torturada. (Herrera y Ramírez, 2009, p. 41)

Estas formas de resistencia por parte de las mujeres indican no solo el grado de conciencia sobre la memoria, sino también las posibilidades políticas que se pueden organizar en el arte, lo cual implica crear acontecimientos subjetivos dentro de las formas comunes de marchar.

Para concluir, podemos decir que las relaciones y las tensiones entre memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica pasan por la construcción ontológica y social de la experiencia percibida, es decir, comunicada.

La experiencia es fundamental si queremos entender ¿qué es la memoria individual y colectiva? Porque desde allí se establecen las formas de entender lo que somos. El deseo de las multitudes es moldeado mediante diagramas y dispositivos comunicativos produciendo sujetos que creen protestar por un sentimiento autónomo cuando es diseñado a partir de diferentes esferas hegemónicas.

Los jóvenes y las mujeres son los actores sociales que lideran procesos creativos de resistencia, esto es, convocan en las redes virtuales y proponen subjetividades políticas creativas involucrando el arte. Las luchas por la memoria son acontecimientos políticos que deben involucrar el olvido como derecho para configurar, reinventar y diversificar formas de ser que integren la identidad nacional.

Referencias

Herrera, M. y Ramírez, L. (2009). Políticas de la memoria como forma de socialización y de

subjetivación política: un análisis histórico sobre el tiempo presente. En *Las luchas por la memoria* (pp. 32-41) Bogotá: IPAZUD, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Jiménez B., A. (2008). Memoria, historia y escuela. En *Cátedra Democracia y Ciudadanía. Memoria y conflicto* (pp. 177-188). Bogotá:

Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Jiménez B., A. (2012). Imaginario y memoria religiosa en Bogotá. *Revista de Antropología Experimental*, 12, 179.

Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.